

## LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

## Horrores globales

María Fernanda Ampuero desata en sus cuentos la brutalidad que oculta la supuesta armonía del mundo



La escritora ecuatoriana María Fernanda Ampuero. CASA DE AMÉRICA

POR MARTA SANZ

María Fernanda Ampuero es una escritora guayaquileña nacida en 1976. *Pelea de gallos* es su primera colección de relatos; en ellos se traza una panorámica de algunas de las aceras y puntas del iceberg de la ideología invisible en el continente americano: violencia, clasismo, machismo, abuso de menores, hipocresía social, precariedad, insensibilidad ante el maltrato —físico, psíquico, humano, animal—, sexualidades reprimidas, tensión entre amo y esclavo, imposibilidad de limpieza o inocencia, supercherías e ignorancias, el peso de un sentimiento religioso que termina siendo más castrante que esperanzador...

Escribo "el continente americano", pero, más allá de que la lengua de Ampuero exhiba rasgos idiosincrásicos que la desuniversalizan —en el mejor sentido que pueda tener este término fantástico—, no conviene olvidar que muchos de nuestros horrores son globales. Pese a que la desigualdad levante muros, visibles e invisibles, y esa mezcla de universalidad y segregación constituya una de nuestras señas de identidad contemporáneas. Igual que las cortezas, lisérgicas y amables, con motivos Disney de las tartas que prepara la señora Griselda en el cuento que lleva su nombre. Las cortezas que ocultan cosas muy, muy podridas bajo un positivo dulzor de ilusión. El modo de operar como escritora de María Fernanda Ampuero es exactamente el contrario. El positivo literario de un mundo atroz se realiza mediante imágenes sórdidas. Fondo y forma son guante y mano. La estética oscura, visceral, cercana al tremendismo, es la única posible para levantar en el texto este territorio de peles de gallos, escatología y crueldades, que singulariza el imaginario compartido por escritoras de cuentos en español hoy. Lo que diferencia a Ampuero y representa a la vez un posible defecto y una de sus máximas

virtudes es que ella renuncia a la elegancia o la contención, y encadena, en un proceso acumulativo insoportable para el lector hipersensible, escenas de la mayor brutalidad: perritos atropellados que tardan horas en morir, mujeres vejadas de todas las formas posibles, hermanas que torturan a sus hermanos derramando alcanfor sobre sus pústulas, niñas que se revuelcan en excrementos para que no abusen de ellas, madres gordas que se rajan el rostro... Las imágenes de Ampuero crean un estado de malestar que, por acumulación, podría dejar de oírse; sin embargo, el cúmulo de devastaciones, narradas con espeluznante eficacia, llegan a provocar una respuesta ética en ese lector que no se tapa los ojos ante las violencias de capitalismo y patriarcado en sociedades cada día más vulnerables a la pobreza y el miedo.

En *Pelea de gallos*, pese a esa tónica dominante de lo abyecto, encontramos una pluralidad de voces que se cuecen en los relatos vivificándolos como textos y convirtiéndolos en herramientas vindicativas: hablan las empleadas domésticas; piensan las niñas que quieren ser niñas y no andar cuidando de sus hermanitos moribundos; que asisten a su deterioro físico mientras hombres uniformados de blanco mantienen impolutas las piscinas de los hoteles de lujo en que se alojan esas flores marchitas. El contraplano y una gracia especial para las polifonías vertebran *Pelea de gallos*. A las criadas se les revisa la ropa para comprobar que no han robado nada y se les regalan alimentos pochos. No solo los millonarios estadounidenses saben que la lucha de clases existe y la van ganando ellos. María Fernanda Ampuero también lo sabe. Y lo escribe muy bien.

**Pelea de gallos**

María Fernanda Ampuero  
Páginas de Espuma, 2018  
120 páginas. 14 euros

NARRATIVA

## La infancia y sus barrios

POR MARÍA JOSÉ OBIOL

Estuve hace un tiempo en el *Hostal Parisián* (El Aleph, 2011), aquella novela de Antonio Fontana que recrea un escenario que no era exactamente París pero que estaba tan presente en las paredes de aquel lugar, con las fotografías de un padre joven delante de la torre Eiffel, frente al Molino Rojo o el Arco del Triunfo. Estuve allí en ese hostal y en otros lugares que se iban reconstruyendo a golpe de recuerdos y deseo. En *Sol poniente*, la nueva novela de Fontana (Málaga, 1964), la memoria asoma de nuevo poderosa y aparentemente más placida porque refiere momentos de infancia y se ha estipulado que la niñez todo lo atienda. Pero en esas esquirlas memorables de episodios discontinuos hay un aire de asombro no sólo por cómo se precipita el tiempo, sino porque el turbio azar puede irrumpir en cualquier momento y convertir al protagonista en cautivo del propio recuerdo. Y en ese decir transmitido a través de un brevísimo de acontecimientos que no sigue orden cronológico hay desconcierto, felicidad, humor negro y está el cine. También la textura de imágenes fotográficas donde se ve envejecer tanto a los tuyos en sepia, en blanco y negro y en color, como a los lugares que se habitan. "La casa de mi infancia", leemos, "va llenándose de tierra que hay que barrer cada dos por tres; y me pregunto si será cosa del viento o será yo, que me voy volviendo de roca, de piedra, de arena, gastándome poco a poco". Sencillez y contundencia y algún que otro golpe inesperado que dejan al lector a la intemperie, ya desprotegido de esa calma que inauguraba el libro, y que señala un trasfondo íntimo ligado a una infancia de barrios de Málaga, ciudad protagonista, y al recuerdo que tienen otros del antiguo Pico de las Ánimas, "el



lugar donde Dios ensaya el fin del mundo". Y está ese yo narrativo hablándonos que se impone pero que no hace que importen menos los ecos de esa abuela quejosa y cuya sorna sugiere un manual de existencia, o de ese hermano incapacitado para el habla y para el movimiento, ese nuevo Hombre de Hojalata que es Curro. *Sol poniente*, Premio Málaga de Novela, es un lugar donde hay que detenerse.

**Sol poniente**

Antonio Fontana  
Fundación José Manuel Lara, 2018  
198 páginas. 20 euros



Cabeza de mosca con detalle de los ojos. GETTY IMAGES

NARRATIVA

## Fulguraciones

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

Fábula breve, microrrelato, todo ello más cualquier otra pieza que relacione brevedad, fogonazo en algunos casos, con un discurso narrativo, es lo que es *Confesiones de una mosca*, de la escritora y poeta vasca Julia Otxoa. La mayoría de las piezas que componen este libro no pasan de la página y media. Otras no lo hacen de la media página. Incluso las hay que no llegan a las diez o cinco líneas. Por tanto tenemos un género o, si se quiere, una teoría compositiva con larga tradición en lengua castellana, a un lado y otro del Atlántico, eso sin contar la que aportaron en otras lenguas, como fue el caso de Franz Kafka con sus tempranísimas *Meditaciones*.

Con este formato, Julia Otxoa arma su libro. Pone en las diferentes dimensiones que utiliza su pulcrísimo y lacerante sentido de la concisión. En todos hay una idea beligerante con el mundo, con la realidad. Obviamente cada historia que se nos relata (sí, se nos relata) lleva un argumento retórico de peso: la elipsis. Daré un ejemplo: alguien podría escribir un cuento sobre cómo un conferenciante duerme literalmente a la concurrencia. El autor de la pieza considerará necesario darnos alguna pista psicológica o contextual de su protagonista. Incluso puede que también necesite darnos algunas pistas de ese irrespetuoso público. Julia Otxoa, en "Palabras contra un muro", despacha este asunto de la siguiente manera: "El conferenciante habla de cara a la pared para que sus palabras reboten con fuerza sobre el muro y lleguen hasta nosotros como piedras lanzadas contra nuestras cabezas, para disipar en ellas la tentación del sueño". La autora hace una elección y se queda con el mínimo espacio narrativo, que no con el mínimo esfuerzo metafórico o elíptico en transmitirnos su contundente idea.

Otro, "El niño anzuelo": "El niño mordió el anzuelo y el pescador fue atrapado y llevado a gran velocidad a los abismos marinos". Hay en este ejemplo no sólo la preceptiva narración de un hecho, hay sobre todo la invitación a visualizar un acontecimiento fantástico, incluso inquietante. ¿Y esa otra historia donde los enfermos casi rezan para ir a parar a un quirófano? ¿Quién quiere privarse de esa música que componen los bistorris junto con el resto de instrumentos quirúrgicos?

Julia Otxoa reduce su sentido de la fantasía y la reflexión a la mínima expresión. No me extraña que a Luis Mateo Díez, prologuista de este libro, le haya impresionado tanto. Y se suma así a maestros de este género como Augusto Monterroso, Juan José Millás, Clara Obligado, José María Merino, Andrés Neuman, Javier Sáez de Ibarra, Ana María Shua, Mónica Lavín y Francisco Ferrer Lerín, entre otros.

**Confesiones de una mosca**

Julia Otxoa  
Menoscuarto, 2018  
104 páginas. 13 euros